

Perdonando y Olvidando



“Perdonad, y seréis perdonados” - Jesús

“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32).

¿Ha sido usted profundamente ofendido y maltratado? Si es así, usted le lleva ventaja al que le hizo daño. Usted puede perdonarlo. No debe guardar algún rencor contra su prójimo; le hará más daño a usted que a él. Muchas personas sufren del alma, la mente y el cuerpo cuando podrían estar muy bien si tan sólo pudieran perdonar y olvidar ofensas.

No se requiere ningún esfuerzo, ni valentía, ni siquiera buena memoria para albergar mala voluntad y rencor. Pero, sí, se necesita un alma generosa para olvidar cosas feas y pensar solamente de aquellas cosas que son “honestas, justas, puras, amables y de buen nombre.”

Nosotros oímos una vez a un obispo predicar un elocuente sermón. El texto era poderoso, la lógica perfecta y la elocuencia majestuosa. Por el mucho tiempo que ha pasado, hemos olvidado todo excepto esta declaración, “Yo trato de olvidar las cosas desagradables de la vida; y, Por otro lado, me esfuerzo por recordar las cosas que son para bien de cada uno.” ¡Qué declaración! Cómo aumentaría la felicidad del mundo entero, si cada uno cultivara este hábito.

Es imposible pronunciar una palabra hiriente y áspera, o mostrar un mal espíritu, sin que primero haya habido un sentimiento rencoroso en el alma. Mucho antes de romper amistad con algún amigo, se ha acariciado un sentimiento de frialdad en el corazón. Hay que tener cuidado de no permitir que las primeras señales de una mala sospecha aniden en el pecho. Si no puede elevarse sobre ello, ni perdonar, ni olvidarlo; haga lo siguiente: “apresúrese a sacar el fuego de su pecho. ¿Cómo? Hablando cara a cara con quien usted está dolido.

El diablo tiene tanta delicia en hacer que uno acaricie un sentimiento de hostilidad en contra de otro, como de verlos más tarde en un proceso de ley. Porque si un rencor se guarda en el corazón, cosas más feas saldrán a luz diez años más tarde. Guarde su corazón y sus manos, pues la cabeza y los talones seguirán en línea. “Y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo; ni améis juramento falso; porque todas estas son cosas que aborrezco,” dice Jehová.

Tal vez ha oído citar frecuentemente Hebreos 12:14: “Seguid la paz con todos, y la santidad,

sin la cual nadie verá al Señor.” Pero siga leyendo hasta que llegue al punto final. El próximo versículo dice, “Mirad bien, no sea que . . . brotando alguna raíz de amargura, os estorbe y por ella muchos sean contaminados.” Esta “raíz” puede ser pequeña o por un tiempo molestará sólo a una persona. Pero si no es erradicada, muchos serán contaminados. Sí, cada guerra, riña, tremolina de la iglesia, o camorra de familia empezó con una raíz amarga en uno o dos individuos. Otros tomaron parte, la amargura se regó y toda la comunidad fue afectada. Esta es la razón por la que el nuevo creyente debe buscar la experiencia de la santificación entera para que le sea fácil “seguir la paz con todos.”

Y ahora, querido hermano, ¿qué va a hacer usted en cuanto a esto? Muchos han comenzado bien, y por un tiempo fueron usados grandemente por Dios para bendecir a otros, pero han naufragado a causas de la vieja raíz de amargura. No la encubra, ni haga creer que no está allí, porque como la mala hierba se multiplicará grandemente. La mejor manera es escarbarla y exponerla al Sol, al “Sol de justicia.”

El santo Juan Fletcher aconsejaba, “Quebranta tu corazón. Debiera ser de carne, pero aún tiene mucho de piedra. Tu alma, que debería ser templo sólo para el Espíritu Santo, con frecuencia se vuelve cueva de ladrones, foso para basiliscos, nido de víboras – encubriendo los restos de la envidia, ira, impaciencia, indiferencia, irresponsabilidad, haraganería, intolerancia, confianza en la carne, justicia propia, sospechas sin compasión, e idolatría. Encubriendo los restos de los celos, el mal humor, orgullo, prejuicio, miedo atormentador y otros cuantos males, miembros de la familia de la hipocresía. En la presencia del Señor y por su gracia, descubre estos males por medio de un examen minucioso. Observa lo que pasa en tu corazón en todo tiempo, pero, con mayor razón, a la hora de la tentación. Con confesión profunda y frecuente, saque afuera todas esas abominaciones, estos pecados que no quieren que Cristo reine sólo en tu ser. Tráelos delante de Él poniéndolos a la luz de su rostro. Si lo haces con fe, su luz y calor los matará como el ardor del Sol mata las lombrices que el arado expone en un día seco de verano.”